

MEDALLON EXTREMEÑO

JUAN LUIS CORDERO

Tu triunfo dice toda la grandeza
que atesora la madre Extremadura;
fecunda en nombres de sin par bravura,
y rica en almas de sin par nobleza.

Tu triunfo dice toda la entereza
del extremeño pardo que en lid dura
sabe siempre arrancar la flor más pura
en perfume y matiz a la Belleza.

En diferentes justas has oído
los clarines vibrar en el sonido
que acordan para dar himnos triunfales.

Y como los troveros de la Fama,
luchas y vences por tu noble dama,
a quien rendido, ofrendas madrigales.

MANUEL MONTERREY

A PROPOSITO DE "LA CATIRA"

Unas observaciones sobre el arte
de Camilo José Cela

CUANDO don Ramón del Valle Inclán publicó su «Tirano Banderas», se dijo—y se ha repetido luego más de una vez, hasta alcanzar la frase categoría de tópico literario—que al insigne novelista de La Puebla del Caramiñal se debía la mejor novela sudamericana. El aserto no era en verdad exagerado, pues la obra en cuestión, por su hondura ideológica, su unidad temática y su intención crítica, así como por su perfecta arquitectura novelística y su sin igual estilo de expresión, es una cabal obra maestra, que los narradores hispanoamericanos, a pesar de la deprecación constante de su técnica de novelistas, no han superado aún.

La aventura—arriesgada aventura—de escribir en España, tras un viaje trasatlántico, otra novela sudamericana cuyas eventuales virtudes estaban ya condicionadas por la valía de «Tirano Banderas» ha tentado actualmente a Camilo José Cela, quien tiene con el llorado don Ramón, por lo menos dos cualidades en común: la de haber nacido en Galicia y la de ser el mejor hablista de su respectiva generación literaria.

Un crítico no menos gallego que los dos escritores que nos ocupan, Salvador de Madariaga, en sus «Semblanzas literarias contemporáneas» reprochó a Valle Inclán su frívolo esteticismo, su carencia de filosofía personal. El reproche no resultaba injusto porque don Ramón era por entonces no más que el autor de las «Comedias Bárbaras» y de las cuatro «Sonatas»; cuando el novelista de La Puebla inició el ciclo literario de los «Esperpentos» y «El Ruedo ibérico», ciclo que había de culminar en «Tirano Banderas», la imputación perdió todo su valor, puesto que Valle Inclán se había convertido repentinamente en un crítico acerbo, en un debelador insobornable de la vulgaridad y chabacanería moral de la España decadente. ¿Puede imputarse hoy a Camilo José Cela un pecado de frivolidad y de huero esteticismo análogo a aquél en que incurrió el Valle Inclán de los primeros años? Nos tememos mucho que sí.

Críticos interesados en llevar a su molino político las aguas de la torrencial producción de Cela, han querido presentar a este joven escritor como un moderno «Antonio Pérez» empeñado en la turbia empresa de mostrarle al mundo boquiabierto las horribles taras de la realidad española hodierna. El más ingenuo lector de las obras

de Cela puede advertir al punto que todos sus rasgos satíricos, todo su tremendo realismo, toda la crudeza de sus relatos no son más que pretextos, buscados y rebuscados pretextos para lucir sus enormes, sus prodigiosas facultades de narrador y de hablista, su inigualable técnica de escritor, narcisísticamente exhibida a lo largo de sus ya numerosas producciones.

Pues Camilo José Cela, no nos cansemos de repetirlo, está portentosamente dotado para el manejo literario del idioma, para la presentación de tipos humanos novelescos—casi siempre meramente esbozados—y para la composición de escenas, aunque esto último—no hay por qué callarlo—en grado mucho menor. Y es tal su destreza en el uso de esas tres facultades, que con sólo ellas ha podido y sabido crear la engañosa apariencia de su novelística inexistente. Y así, hoy día, después de aparecida «La Catira», su novela venezolana, Cela continúa siendo el autor de una sola novela auténtica, «La familia de Pascual Duarte». Todo el resto de su producción son maravillosos libros de viajes, discretos relatos de anécdotas, ejercicios estilísticos y humorísticas expansiones; encantadoras—eso sí—exhibiciones de su habilidad de hablista.

«La Catira» no es la novela honda, la novela trascendental que muchos esperaban de Cela. Su autor no puede ofrecernos, por ahora, una novela trascendental. Su estilo, tan bello en la descripción lírica y... falsa, tan vivaz y veraz en los diálogos, tan ocurrente y grácil en el rápido diseño de los personajes, pierde todo su valor cuando intenta—y la intenta poco—la divagación discursiva, esa divagación discursiva que es uno de los primordiales valores de la novelística barrojana; y resulta totalmente inepto para el profundo análisis psicológico. Hecha honrosa excepción de su «Pascual Duarte», toda la producción novelística de Cela hasta el presente se reduce a una continuada y rápida presentación de personajes ante el lector, quienes charlan entre sí con gracia inigualable acerca de toda suerte de temas intrascendentes y cotidianos. A esto se intercala el relato de algunas hilarantes anécdotas y tal cual escena de falso dramatismo, pues siendo el estilo de Cela incapaz de tensión dramática, pretende lograrla mediante una dicción lírica de buena calidad, pero que con su morosidad altera el ritmo del relato y su tono general, casi siempre sencillo y directo. De ese mismo lirismo estilístico se vale el autor para la descripción—siempre breve, impresionista y convencional—del paisaje.

«La Catira» es el más notorio y revelador ejemplo de la novelística de Cela con todas las virtudes y defectos que esa novelística posee actualmente. Pues bien; en «La Catira», no hay ni vislumbres de las ideas y sentimientos de su autor, pues éste, incapaz de una exposición directa de ellos—conocida es su torpeza en el pergeño del artículo periodístico—, no acierta tampoco a revelárnoslos por medio de sus personajes, gente charlatana, pero poco letrada en general. En «La Catira» no hay tampoco disección psicológica, puesto que sus agonistas están meramente silueteados, anímica y físicamente, y se lanzan o son lanzados a su peculiar aventura novelesca llevando

prendida con alfileres, sobre su «quedad psíquica, la esbozada y brillante apariencia que se les ha dado. «La Catira» carece de dramatismo veraz, a pesar de estar su acción literalmente sembrada de truculencias melodramáticas. Y finalmente, es novela sin paisaje, ya que de la ubérrima Venezuela, donde la acción discurre, el lector se queda sin la más mínima impresión sensorial, pese a la reiterada intervención, más o menos retórica, de toda suerte de florecillas y pajarillos indígenas.

Aparte el desfile de curiosísimos y atrayentes personajes y descortadas la buena gracia de los diálogos, queda en «La Catira», como suprema virtud, la del estilo. Pero ¿a qué encomiar ahora el estilo de Cela? Es, en el diseño caricatural y en los coloquios, el mejor en que hoy se emplea nuestro idioma. En «La Catira» nos llega condicionado por dos circunstancias. Una es la alteración ortográfica a que ha sometido el léxico para remedar la fonética venezolana en los diálogos. Otra es el principio de amaneramiento en que está degenerando la facilidad expresiva del joven escritor de Iria Flavia. Tanto fía éste en sus propias facultades, tanto lo enorgullecen, que como los diestros de hoy, también él ejecuta su faena con la mirada puesta en los tendidos. Y para mayor lucimiento personal, Cela está continuamente rizando el rizo de sus peculiares modismos. En estas «Historias de Venezuela»—tal es el adecuado subtítulo de la novela—pica ya en defecto la constante reiteración de ciertos vocablos; del sujeto común de varias oraciones consecutivas, por ejemplo: Es latiguillo de progenie azoriniana, pero aquí está prodigado «ad nauseam». Valga este ejemplo: «La catira Pipía Sánchez volvió a acercar su caballo... La catira Pipía Sánchez sabía que don Froilán la iba a descabalar asiéndola de los cabellos... La catira Pipía Sánchez cerró los ojos.. A la catira Pipía Sánchez don Froilán la descabalgó asiéndola de los cabellos...» Y este otro: «Catalino Borrego se levantó y asomó la tatura a la otra pieza. Catalino Borrego no necesitó tocarle el corazón al mestizo Pedro Apóstol Taborda. Catalino Borrego tampoco precisó pasarle un fósforo por los ojos. Catalino Borrego habló al hijo Cleofa». ¿Puede infundirle a la escena, esta repetición de unos vocablos, el dramatismo de que carece? Y ahora vea el lector en otra cita, a qué extremos lleva el autor de «Pascual Duarte» su destreza estilística, su abundancia de léxico: «En Achaguas—chicuaco en el morichal, guacharaca chismosa, cachicamo chambón carapacho de res en la chorrera—don Juan Evangelista se chocó a un chocoreto conchudo, chivato de Cünaviche, lechero de buenos y áureos churupos constantes y sonantes.—Guá, que jartazón de chin-chin!—El amigo de don Juan Evangelista se llamaba Chachango Chávez, y era tan fino que no pronunciaba la che». ¿No es esto un modo de estilización? ¿No es preciosismo chungón—también nosotros podemos emplear la che—y a fin de cuenta, palabrería?

No pretenden estos deshilvanados comentarios significar una crítica adversa y negativa. No quisiéramos que por tal los interpretara el posible lector ni el mismo Camilo José Cela si los leyere. Nos

impulsó a escribirlos, pura y meramente, el deseo de que en el ánimo del autor de «La Catira» prenda un afán de acendramiento y superación que, limando sus defectos, pueda conducirlo muy lejos a lo largo de su camino de perfección. Y un día Camilo José Cela puede convertirse—no lo es todavía; de eso debe convencerse a sí mismo—en el primer novelista español de nuestra época: Nosotros lo creemos firmemente.

ARTURO BENET

SUSCRÍBASE USTED

a la **COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS**, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.

2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.

3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.

4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.

6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.

7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo.

8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

9.—*Poesías selectas de Angel Marina*, por Fray Enrique Escribano.

10.—*Guía Histórico-Artística de Cáceres*, por Antonio C. Floriano Cumbreño.

11.—*De Extremadura, Retablo de poesía popular*, por Juan Solano.

SONETOS (1)

FATALISMO

A La-la Fátima

No sé qué conjunción de las estrellas
preside este momento de mi vida,
ni si en mi Laberinto una salida
me prestará Ariadna con sus huellas.

No sé si ha sido la oración de un santo
o el peso de una culpa el que a este empeño
me ha conducido. Ni si de este sueño
despertaré en la risa o en el llanto.

No sé si en mi vagar despreocupado
más allá del florido y verde prado
me acecha un precipicio traicionero

No sé si mi Destino es inclemente
o feliz. No sé nada... Solamente
sé que eres muy hermosa y que te quiero...

ABRIL

Ya a servir de dosel a tu hermosura
volvió la engalanada primavera
y se alejó el invierno que viniera
para servir de marco a mi amargura.

(1) Del libro recientemente aparecido, *Rapsodia Virginal*, de que es autor el ins-
pirado poeta D. Carlos Callejo.